



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La avaricia de la mujer.—La mujer; poesía.—El ángel de la caridad. (Conclusion.)—El Crucificado; soneto.—Magdalena.—Modas.—Explicación del figurín.

LA AVARICIA DE LA MUJER.

No creais que voy á hablaros del ídolo del siglo XIX y de todos los siglos; pues bien mirado, siempre ha tenido el oro á la faz del mundo una cara más bonita que una virgen de quince años.

No trato de pintar lo horrible de la avaricia, conocida generalmente, tratándose del duro y frío metal que endurece y gasta los corazones.

La avaricia de la mujer es más noble que todo eso.

Una mujer metalizada no podría ser buena esposa y buena madre, ni tendría esos sentimientos de exquisita sensibilidad, que tanto la subliman y la enaltecen; porque el oro gasta las tiernas sensaciones.

La mujer es ambiciosa, muy ambiciosa; pero toda su ambición está cifrada en conquistar el corazón de un hombre que haga su eterna felicidad.

Sus primeros instintos son estos.

Apenas pone la planta en el umbral de la vida, empieza á soñar con ese tesoro; pues la vemos con sus pequeños juguetes figurar escenas de la vida doméstica, y arrullar tiernos infantes que viste y arregla con todo el estremo de una madre cuidadosa y activa.

Muchas veces me he entretenido en ver estos cuadros; porque yo amo los niños como ángeles del cielo, y he observado grandes cosas, que aunque parecen puerilidades, son la base verdadera del destino de las criaturas, que empieza por ese gracioso simulacro, y concluye por una feliz ó adversa realidad.

Las madres no estudian esto: no sorprenden los juegos de la inocencia, sino como verdaderas travesuras, siendo así que en esos recreos es donde se adivina más fácilmente el carácter,

las tendencias é inclinaciones, de las que han de llegar á tener un día una familia para hacerla feliz ó desgraciada, segun su condicion y sus costumbres.

¡Es tan triste que un hombre pierda su libertad, que entregue su mano y su nombre á una mujer, que le confie su honra, que la haga depositaria de su tranquilidad, dicha y porvenir, y esta mujer en cambio, amargue sus días, con su carácter altivo, con su orgullo sin límites, con una educacion mal entendida ó con mil otros caprichos, que sin tocar á la honra, forman sin embargo una cadena de terribles infortunios!

Y más funesto es todavía que manche el apellido que limpio y honrado la dieron con noble generosidad para que ella le menoscabe, le ultraje y le haga ser el blanco de esa malicia insaciable, de ese dedo de hierro de la sociedad, de esa sonrisa de burla y de desprecio, que lanza al mirar un sér, que ha sido vendido y engañado cruelmente.

Esta es una de las muchas carcajadas injustas del mundo, que desgarran el corazon al observador filosófico, que comprende las miserias que nos rodean, y que el autor de *La boda de Quevedo* ha interpretado muy bien en estos dos versos:

—¡Como el mundo es tan perfecto
ódia las imperfecciones!

.

Pues mirado con toda la verdad de que es susceptible la razon, el mundo, siendo un dechado de flaquezas, no perdona nunca las del vecino.

Ahora bien, si las primeras aspiraciones de una niña inocente, son las de conquistar un afecto verdadero y profundo en el corazon de un hombre, y sueña casi desde que nace con esa joya codiciada, ¿en qué consiste que algunas (por fortuna las menos) no sepan conservarla con todo el estremo que requiere un diamante de valor tan inmenso? Hé aquí el tema de nuestra cuestion.

La avaricia de la mujer en sus primeros años es encontrar ese sér con quien ha soñado, apenas cruzó la línea de la risueña infancia para entrar en la rosada pubertad.

¿Y qué seducciones emplea para ello? ¿De qué medios se vale para conseguir su objeto? ¿Cuál es la senda que debe seguir para llegar al término de tan natural deseo? Hé ahí el error de las niñas y de las no menos equivocadas madres que las dirijen.

«Cuanto más hermosa parezcas, más conseguirás tu objeto,» dice la presuncion al oido de las inespertas jóvenes.

Y se colocan frente al espejo, y emplean los largos días en consultar adornos, lazos y flores, y marchitan su fresca tez con postizos atractivos, y al color de la casta azucena, sucede el del rojo carmin, que como todo lo supuesto, solo sirve para destruir las verdaderas galas; y donde el hombre debia ver la naturalidad encuentra la ficcion, y se convence al fin que es una imagen artificial la que habia creído un dechado de hermosura y perfeccion.

¿Necesita por ventura un capullo de rosa, más galas ni encantos que los que le dá la naturaleza?

¿Sería más bella una acácia ó una margarita, si le quitásemos su primitivo color y la engalanásemos con otro que destruyese el brillo de sus ojos y la robase su embriagador perfume y lozanía?

No sabemos por qué se han empeñado las mujeres en agradar solamente á los sentidos y no al alma.

Porque si esas ficciones de belleza, pueden arrebatarse unos instantes, ¿que les quedará el día en que el hombre se convenza, que aquella mujer que les cautivó por su hermosura, era un conjunto de esperimentos botánicos y químicos, que disueltos, solo dejaron una vejez anticipada, y un desengaño ridículo y frio?

Aun siendo la hermosura propia y verdadera, jamás debe la mujer confiar á ella sola la conquista del corazon de un hombre, si quiere que esta sea duradera, y le proporcione la tan esperada felicidad que desea.

El que ambiciona ganar oro y conservarlo, estudia los más oportunos medios para conseguirlo; pues bien, vosotras que tan avaras sois de la ternura y cariño del hombre á quien amais, ¿por qué en lugar de adornaros de atractivos engañosos, no cultivais las galas del corazon, que son más eternas que la vida y

proporcionan una dicha inefable y suprema?

¿Por qué se empeñan las madres en poner á manera de objeto rifado sus hijas, sacrificando acaso para ello su fortuna y tranquilidad, por conquistar cuatro dias de aplauso y una nube de adoradores, que acatan la moda, mientras su pecho permanece frio y estóico, sin sentir ni arrancar un rasgo de sentimiento, de esos que forman época en dos almas y que llegan á fijar un nudo santo é inestinguible?

¿Qué garantía le quedaría á la mujer, si supiera que ajada ó marchita su hermosura, concluía su dominio, y que sería escarnecida, y olvidada, como el polvo de un oscuro rincon, para no recordar siquiera que formó los encantos de la vida, mientras que la hermosura la ofreció su vasto imperio?

Amarga debía ser esta suerte, y sin embargo siglos y siglos la han arrostrado, hasta que Jesus la conquistó una posicion social, y la elevó á la dignidad y altura del hombre.

Muy bien que hasta entonces aquellas infelices, siervas humilladas y aflijidas por el orgullo despótico de su señor, tratasen de halagarle por medios voluptuosos, supuesto que el espiritualismo era un fantasma ridículo segun sus aspiraciones y creencias; pero hoy, hoy en que la faz del universo ha cambiado, hoy que se nos deja á las mujeres la facultad de sentir, de pensar, de filosofar como ellos, ha cambiado completamente la decoracion.

Hoy en que nos dejan publicar nuestras ideas: hoy en que la libertad de imprenta y las primicias literarias nos alcanzan lo mismo que á ellos, ¿por qué no aprovechar esta ráfaga divina de favor, y servir de algo más útil, que de halagar el capricho, ó el deseo de un hombre, antes de estudiar los medios de hacerle feliz? De hacerle feliz, que es lo que constituye nuestra propia felicidad.

Esta igualdad social, que ha dado á la mujer derechos y consideraciones tan gratas, sería muy ridícula, si la emplease en mezclarse en asuntos que no son propios de la fibra delicada y la imaginacion poética de la mujer.

Los negocios de estado, el magisterio de la justicia, el estruendo de la guerra, ó la terrible voz de las revoluciones, no se han hecho para el sér tierno y sensible, que no tiene

otra ambicion ni otra avaricia, que amar y ser amada, con toda la abnegacion y ternura de que nace poseída, por una sábia ley de la naturaleza, que no es otra cosa que el soplo divino de Dios.

La mujer es el ángel que el Supremo ha colocado en el hogar doméstico, para embellecer los dias del hombre, y supuesto que hoy se la deja sentir y espresar, aprenda ante todo el arte del bien, infúndalo en sus hijos, edúquelos con esmero, y no sacrifique cantidades, que acaso no posee, en engalanar sus hijas, creyendo que esta es la piedra de toque, para arrebatat corazones, cuando solo es un medio disolvente y fatal de caminar paso entre paso á la perdicion.

Desde niñas les creais necesidades inútiles, cuando para la felicidad de la mujer, basta con tener virtudes, para conquistar un porvenir de dichas inefables.

ROGELIA LEON.

LA MUJER.

Es la mujer una flor
Que hasta el aura la marchita
Si muy pura no se agita
De su tallo en derredor.
(EL AUTOR.)

Callad, impios, los que seca el alma,
Sin fé en el corazon, con torpe labio
Ajando á la mujer, con fria calma
La inferis negro agravio.
¿Por qué así la infamais? Porque indefensa,
Sin luz y sin egida,
Vaga á merced de las revueltas olas
Del proceloso mar de nuestra vida.
Porque débil, cual lirio verdecido
Que crece solo entre la negra roca
Y se inclina abatido
Del viento impio por la furia loca,
Ella cede tambien al soplo insano
De las pasiones que alterando el mundo,
Doblan con paso inmundado
Su vástago temprano.
¡Pérfida la llamais! Decis que solo
Veneno encierra su alma candorosa,
Y que traicion y dolo
Al hombre siempre guarda
Bajo su frente de jazmin y rosa.
¡Delirais! ¡delirais! Errante y ciega
Vaga ofuscada vuestra débil mente.
¿Sabeis quién vicios á su pecho lega
De la virtud cerrándola la fuente?
Os lo voy á decir: el fermentido

Que la arrastra á un amor torpe y liviano
 Por sendero florido,
 Y halagando su mente con promesas
 La olvida ¡maldecido!
 Sin piedad de su cándida inocencia;
 A solas con su falta y su conciencia,
 Como el insecto que del seno blando
 De la purpúrea flor las mieles liba,
 Y se aparta dejando
 Mústia y ajada su corola altiva,
 Y en busca de otra víctima inocente
 Se lanza al prado con delirio ardiente.
 Esta es la realidad; necios culpamos
 A la mujer, mas sin razon lo hacemos;
 Virtud perfecta en ella deseamos,
 ¿Mas nosotros acaso la tenemos?
 ¿Acaso en nuestro amor y nuestros hechos,
 Con virtud y verdad con ella obramos?
 No: que siempre halagamos con promesas
 Que son todas mentidas,
 Y desaparecen como leves nieblas
 Por el viento impelidas,
 Dejando á la mujer que nos queria
 El alma llena de amargura impia!
 No: culpables no son: si acaso alguna
 Sin corazon ni fé, nace liviana
 Cual exótica planta, que importuna
 Se muestra en la pradera
 Con desvergüenza insana:
 Si nace alguna, que en su seno encierra
 Orgullo, infamia y dolo,
 Y siendo de su sexo baldon solo
 Al pudor y virtud su pecho cierra
 Y de fatal pecado
 Tuviese acaso fruto,
 La vereis con solícito cuidado
 Al amor maternal rendir tributo.
 ¿Y quién al verla así, decir podría
 Que ni fé, ni virtud, ni amor tenia?
 Si: la frente humillad, los de alma impia
 Que ajais á la mujer; ella es la estrella
 Que al hombre al mar de la virtud le guia,
 Y el génio se alza do se encuentra ella.
 El guerrero el laurel en el combate,
 ¿Por quién ansía alcanzar? ¿Por quién la vida
 Audaz espone al poderoso embate
 De la lanza homicida?
 Por ella nada más. ¿Por quién el vate
 De la noche en las horas silenciosas
 Su mente inspira, y en acento suave
 Canta amorosas trovas
 Con voz mejor que el ave?
 Por la mujer no más. ¡Ella es la ciencia!
 Es del mundo la luz, la poesia,
 Ella vierte del hombre en la conciencia
 Raudales de placer y de armonia;
 Es el angel que Dios omnipotente
 Puso consolador sobre la tierra;
 Ella calma clemente
 Con su amor y su anhelo las heridas

Que el destino inclemente
 En el árbol descarga de la vida.
 Si: la frente humillad, los de alma impia
 Que ajais á la mujer: ella es la estrella
 Que al hombre al puerto de la dicha guia,
 Y el génio brilla do se encuentra ella.

JULIAN CASTELLANOS.

UN ANGEL DE LA CARIDAD.

(Conclusion.)

La mariposa tiene sus delicias en recorrer las plantas; el ruiseñor se oculta tras la enramada para llenar los aires con su apacible trino; la azucena recibe benigna los besos que en ella imprime la dulce brisa; la lila se agita voluptuosa á impulsos del blando céfiro; los torrentes aceptan alegres las verdes hojas que les envian los árboles; el pobre insecto saluda gozoso al sol que le vivifica con sus rayos de oro.

¿Qué extraño es, pues, que el paciente, objeto de los desvelos de mi amiga, quiera aspirar el perfume de su grande alma?... El corazon humano, en las crisis terribles que pasar suele, necesita acudir á otro, que comprendiendo las amarguras que le agobian, alivie sus tribulaciones poniendo en juego los medios que la caridad inspira.

Y no se crea que nuestro ángel está solo en casa. Además de sus queridos padres, tiene otras dos hermanas á quienes ama igualmente, y que son tiernos pimpollos que llaman la atencion de cuantos los miran.

Ocupadas en las labores propias de su sexo han interrumpido sus trabajos diarios á fin de hacer hilas para el pobre enfermo.

¡Bello, grato, consolador es el cuadro que ofrece una jóven, que en la primavera de la vida, en el periodo más interesante, cuando las horas van precedidas del festivo cortejo de terrenos goces, y todo escita, y todo nos arrastra á los senderos del bullicio, se complace en derramar sobre un sér afligido los tesoros de su esquisita bondad.

Siempre he sido defensor acérrimo de la mujer, porque es la Providencia humana que nos ampara y protege, y nos detiene en la carrera del vicio con sus amorosas palabras y discretas amonestaciones. Ella posee los sentimientos más sublimes; del santuario de su corazon salen

bálsamos riquísimos, que cicatrizan las heridas del alma. Reina del hogar doméstico, maestra del tierno párvulo, consejera leal del hombre, la mujer es la poesía de la vida, el sér que siembra de flores el escabroso camino de nuestra existencia. Por eso vates ilustres han cantado himnos á sus altas prendas; por eso génios profundos han dedicado en su obsequio elocuentes páginas.

Convertida en esclava en tiempos de corrupción en los siglos en que se habían confundido las nociones de lo justo y de lo injusto, la mujer fué enaltecida por el cristianismo, que la devolvió su dignidad, que la levantó del polvo de su abatimiento.

La mujer católica, conociendo sus altos deberes, se halla constantemente al lado del infortunio. Llena de amor hácia sus semejantes, enjuga las lágrimas del desvalido, mitiga las penas del que padece, y alienta y anima al débil, al que vacila seguir por las vías de la justicia.

Visitemos los asilos del dolor y de la indigencia, y veremos á la compañera del hombre ejerciendo los buenos oficios á que la arrastra su caridad ardientísima. ¡Ah! Los pesares parece que no alijen tanto cuando un alma generosa toma parte en nuestras amarguras, y nos fascina con sus sábias reflexiones, y nos hace vislumbrar el templo del porvenir.

En el campo de batalla, entre el humo de la pólvora, y escuchando los lamentos desgarradores de infelices víctimas, encontrareis á la mujer, firme, serena, arrogante, cubierta con el sencillo traje que simboliza la virtud. Montones de cadáveres estremecen su espíritu; pero no retrocede, no, ante la horrible perspectiva que presentan cuerpos exánimes manchados en su propia sangre. Con júbilo inmenso asiste á los pobres soldados; y al paso que les prodiga los recursos de que puede disponer, les recuerda la dicha sin término que les espera más allá de la tumba. ¡Espectáculo sublime que llega hasta á asombrar al más refinado egoísta.

También se halla la mujer en los puntos invadidos por el terrible azote del cólera. Cuando todos huyen de los parajes infestados; cuando el miedo se apodera de muchas gentes; cuando se conculcan las leyes eternas, la heroína de la caridad es la que penetra en las ciudades y al-

deas en que la peste causa estragos. Nutrida en las máximas del Evangelio, su amor hácia los que sufren la reviste de una fuerza que la impele á arrostrar los mayores peligros. ¡Ah! ¡Nunca es más grande la mujer que cuando dá pruebas patentes de la bondad de su corazón, de las relevantes dotes con que la adornó el cielo!

¿Qué sería la vida si careciéramos de un sér nobilísimo, de la amante de nuestra ventura? ¡Oh! Sería un cielo sin estrellas, un árbol sin sávia, un clavel sin belleza, un jardín sin odoríferas flores. La mujer cristiana se levanta sobre la corrompida atmósfera que nos rodea, y toca la última esfera de lo sublime, y conmueve las fibras más delicadas del alma, y descubre á la inteligencia humana horizontes inmensos, y bebe en los clarísimos manantiales de la increada sabiduría.

Buscad si quereis en el estruendo de las orgías, en los alcázares del potentado, en los lugares donde el placer tiene su trono, la calma y bienestar que tanto ansía la misera criatura. En vano, si, os fatigareis, porque una revolución agitará el pequeño mundo de vuestro espíritu. La felicidad no se halla fuera de los preceptos católicos, fuera de la morada en que una mujer piadosa teje coronas á la honradez y al cariño.

¡Ah! ¡Cuántas veces, combatidos por una pasión violenta, creimos encontrar sosiego reclinándonos sobre la fresca yerba, y sintiendo el susurro de las cascadas, y el zumbido de humildes vivientes, y el gorjeo de las aves, y los suspiros de las rosas, y el sordo rumor de las auras, y aspirando la esencia de los vegetales, y recreando la vista en las magníficas galas que la naturaleza ostenta en la estación florida!.. Tan cierto es, que los grandes males solo los cura el catolicismo, religion santa que ha sacado á la mujer del cieno de su ignominia.

La mensajera del amor escribe en el libro de nuestro destino frases que no se borran, porque son la representación fiel de afectos que enajenan y de sentimientos que subyugan. Las bellas ilusiones que nos animan mueren como la débil planta, cuando el yelo del escepticismo destruye los gérmenes que en nuestro pecho nacen, cuando volvemos la espalda á las sanas

ideas que recibimos en la infancia de la que nos dió á luz.

Si os sorprende el aseo que se advierte en los altares de María; si veis engalanadas sus capillas de lirios y jazmines, no dudeis un momento de que todo es obra de una modesta vírgen, entusiasta y devota de la Emperatriz de los querubines. De flores que arranca de sus tientos, ó que coje de amenas praderas, hace caprichosos ramos para adornar con ellos los templos.

La mujer dirige nuestros primeros pasos, revestida de la augusta prerogativa de madre. Clemente y cariñosa, estrecha en su seno al inocente niño; murmura en sus oídos espresiones dulces; le divierte con tiernas canciones; une sus mejillas á las suyas: y llena de ósculos su angelical semblante.

¿Qué más puede decirse de la consoladora del hombre, de la que disipa las borrascas del alma, de la que reprime con gran elocuencia los malos instintos que nos arrastran al vicio?...

Iluminada con los resplandores de la cruz del Gólgota, las acciones en que se ejercita, los hechos que realiza, los sacrificios que consume, forman la aureola inmarcesible que la enaltece. Las personas sensatas encomian sus actos, todos encaminados á aliviar la suerte de la aflijida humanidad.

Antes de dar fin á este artículo, y animado solo de los mejores deseos, no puedo menos de aconsejar á mi amiga que no reniegue nunca de lo que engrandece y sublima, de la filiación ensalzada por varones egregios, del nombre que personifica una gran idea: el título hermoso de *Angel de la Caridad*.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

EL CRUCIFICADO.

SONETO.

Clavado en una cruz y escarnecido
para lavarnos del mortal pecado,
por el hombre se vió crucificado
el que á salvar al hombre había venido.

La tierra de Salem se ha enrojecido
con la sangre que el justo ha derramado;
sangre pura y sin mancha, que ha borrado

la culpa que el mortal ha cometido.

¡Piélago de bondad, padre clemente,
Dios humanado y en Belén nacido!

Las punzantes espinas de tu frente
dejen del hombre el corazón herido;
y al rescatar tu sangre al delincuente,
muéstrese el delincuente arrepentido.

ANA MARÍA FRANCO.

MAGDALENA.

(Continuación.)

Interrumpieron esta conversacion los que se precipitaron en medio de la sala para bailar un rigodon. Julian retrocedió hasta la puerta, de modo que pudiese mirar cara á cara á Magdalena Mercier, que, cosa estraña, se hallaba sola y sentada en este momento; su aire de mal humor acababa de alejar de ella las invitaciones. Estaba encarnada de vanidosa confusion sobre su solitaria silla. Julian suspiró mirándola; despues, á pesar de todo, tuvo piedad del disgusto que debía experimentar la orgullosa aislada.

Aun no habian concluido la primera figura del rigodon, y precisamente un jóven llevando del brazo á su pareja, venia á suplicar á Julian le hiciese vis-á-vis. El conde se acercó á Magdalena, y le ofreció la mano; pero el amor propio de esta, no se doblegaba por tan poca cosa.

—Gracias, caballero, —contestó sécamente, —estoy fatigada y quiero descansar.

El conde se inclinó sin insistir, y fué á invitar á otra jóven. Terminado el rigodon, Julian permaneció durante una hora en el salon de juego, donde estaba su tío el marqués.

—¡Ah! ¡Qué gracia! —dijo este último.— Pero, hombre, ¿me harás el favor de volverte al baile y no empezar desde luego á representar el papel de viejo?

Julian obedeció maquinalmente. El primer grupo que se presentó á su vista al volver al salon, fué un jóven que todavía no habia visto ejecutando una redowa con Mlle. Mercier. La fisonomía de Magdalena habia recobrado toda su gracia, aun cuando un observador hubiera descubierto en ella una ligera nube. El caballero de Magdalena la condujo al sitio que ocupaba precedentemente cerca de su amiga Leontina. A poca distancia de las dos jóvenes, Julian reparó una nueva señorita que hablaba con madame Louvet. Llevaba un sencillo traje de muselina blanca, sin más adorno que un cinturón azul de cabos flotantes. Todo el lujo de su peinado consistía en un rico peine de concha, que mantenía penosamente la profusion de sus

negros cabellos. No brillaba en su fisonomía aquel albor de la primera juventud, pero tenía su rostro una expresión de amable dulzura, y sus ojos azules una mirada angelical. En este momento se dibujaba una mezcla de alegre melancolía en toda su persona, que era delgada, y llena de una gracia y distinción esquisitas.

La orquesta anunció en seguida un rigodon, y los jóvenes con sus parejas del brazo buscaban donde colocarse.

Julian vaciló un instante; después fué á invitar á aquella cuya vista le había eclipsado desde su vuelta al salón.

—¿Conocíais, —le preguntó este, — á la sobrina de Mme. Louvet?

—Hoy la veo por primera vez, caballero, y no me canso de mirarla. ¡Cuán bella es, y cuán simpática para mí!

—¿Tal vez los rasgos de Mlle. Mercier os recuerdan alguna persona querida?

Las exigencias del rigodon fueron causa de que Julian no pudiese obtener respuesta; pero vió temblar una lágrima en el borde de las pestañas de su pareja. El conde de Lalande la condujo á un asiento que halló vacío al lado de Leontina.

¡Cuánto se arrepintió de haber escogido este sitio, al oír decir á Magdalena á media voz con una impertinencia imperdonable, y mirando de reojo á la extranjera:

—Está bien; que descansen las jóvenes, solo nosotras estamos cansadas.

Julian observó colorearse vivamente las mejillas de la persona con quien acababa de bailar.

—Magdalena está por demás mal educada, —pensó estremeciéndose de cólera contra Mlle. Mercier; —pero el corazón adivina la política que no ha enseñado la educación, y ella no tiene corazón.

Supo en seguida por Mme. Louvet lo que ya no dudaba, y es, que aquella persona tan distinguida, tan sencilla, y tan simpática, á quien Mlle. Mercier acababa de insultar indirectamente, no era otra que Mlle. Bonneville.

La amable joven de treinta años no bailó más. Julian la vió rehusar constantemente todas aquellas invitaciones que atraía su dulce mirada. Aunque condenándose á la inacción, quiso permanecer hasta el fin de la reunión, que se prolongó hasta bien entrada la noche, porque su hermano, joven de veinticinco años, parecía divertirse mucho.

(Se continuará.)

JOAQUINA DE CARNICERO.

MODAS.

Correo de señoritas.

El calor es el enemigo capital de la sociedad. Todo el mundo se disemina creyendo con-

trarestar los abrasadores rayos del sol, quién en el campo bajo la fresca sombra de los árboles, quién á la orilla del mar sumerjiéndose en sus ondas.

Las empresas de diligencias y ferro-carriles están de enhorabuena á causa de la escogida concurrencia que invade sus despachos.

Puesto que todo el mundo habla de viaje, sigamos la conversacion iniciando encantadoras novedades que podrán llevar consigo las elegantes, ya que sobre materia, pues grandes y pequeñas especialidades bogan en este momento á velas desplegadas.

Distingamos; porque al decir trajes pequeños se alude á los que no se ejecutan en tela rica.

Los adornos responden más al gusto del día que á la sencillez de los tejidos; se admite lo que gusta é imprime elegancia á los trajes de este género.

Sobre vestidos de fondo blanco ligeramente coloreado se colocan adornos nuevos. Hé aquí una idea de algunas encantadoras disposiciones muy sencillas puestas sobre tafetán mejicano blanco y color de naranja. El bajo de las faldas guarnecido de dos ó tres volantitos encañonados, con la cabeza adornada de un guipure negro, estrecho, sujeto con un pequeño rouleau de una tinta más oscura. Un sobretodo cimbreado al tallo completa el traje. El mismo adorno sigue el contorno del bajo, modificándose en el delantero y en las mangas. Un sombrero de campo de paja inglesa, con bordes forrados de terciopelo azul claro, copete guarnecido de una mazorca de terciopelo retenida por tres terciopelitos. La forma un poco elevada es enteramente nueva. Este sombrero es el indicado para el citado traje.

Otra toilette del mismo gusto es de tejido escocés azul y verde, guarnecido de bandas lisas de tafetán en conexión con la tela, sobre las cuales forman disposiciones agremadas de pasamanería, colocados de cierto modo que dá un sello de originalidad á un adorno tan usado.

Un tercer traje de color maíz, guarnecido de muchos entredoses de encaje con separaciones de cinta malva, formando de distancia en distancia adornos lisos que atraviesan graciosamente las líneas rectas del adorno de encaje. Este género lleno de distinción obtiene un gran suceso. La manteleta que acompaña al vestido, tiene más bien la forma de un echarpe con el mismo adorno.

Las modistas inventan diariamente unos modelos encantadores para las aguas, donde las bellas se ostentarán todavía más elegantes que en la capital. Diganlo sinó los magníficos sombreros redondos sumamente guarnecidos. Los hay de tan provisto copete, que parecen enteramente cubiertos de plumas; estos convienen

más bien á señoras de alguna edad. Los sombreros cerrados tambien llaman la atencion. Hé aquí dos preciosas composiciones. Una sumamente guarnecida es de tul blanco adornada de rosas tremieres lilas con gotas de agua. A este adorno se añade un penacho blanco con cabeza de pluma negra sobre su pié. Un echarpe de tul guarnecido de blonda, reata al mismo tiempo el adorno en forma de bridas. El fondo del sombrero permanece flojo y está cubierto de un fanchón de blonda. El bavolet adornado de blonda, y el interior responde á este arreglo.

Otro sombrero con copete de crin blanca, con ala de crespón azul, formando gruesos huecos por enmedio; el adorno se compone de una mazorca de rosas thé, veladas bajo un echarpe de tul azul. El bavolet es de encaje de Chantilly sobre trasparente azul. Los entredoses se cruzan remontando hácia la parte alta, y las barbas de tul que forman bridas, están igualmente adornadas de encaje de Chantilly. Estos detalles, dispuestos con una gracia especial, son sumamente ligeros.

Las flores invaden nuestras modas, teniendo ocasion de admirar encantadoras creaciones en este género. Hay prodigioso surtido de nuevos modelos. Ombelas de lirios, lindos adornos para señoras jóvenes, acompañados de verdura. Los adornos de rosas de cercado están destinados á las jóvenes, que los llevan formando pequeños puffs. Espeso musgo, con margaritas del campo enmedio, conviene tambien á las jóvenes, en cuyos sombreros se colocan asimismo bolas de nieve. Citaremos los nudos de girasoles, mazorcas de geráneos y lilas blancas, dispuestas en adorno con hojas inclinadas por encima. Otros adornos de myosotis están acompañados de largas barbas iguales, que se cruzan sobre la nuca. Yervas con cabo blanco perladas de rocío, de un efecto delicioso.

Las flores se emplean tambien en los adornos de los sombreros de niña. Los hay de paja de Italia con mazorcas de verdura, colocadas al borde ó sobre el lado.

Mirad qué dos trajes de niña de cuatro á cinco años tan distinguidos y elegantes. Uno de piqué blanco, bordado en soutaché azul y blanco, con cuerpo cuadrado; berta cuadrada por la espalda, vesta punteaguda por detrás y por delante. El cinturón bordado, y las mangas formando un birretito.

El otro de popelina gris, adornado de terciopelitos azules encajonados en un ligero encañonado; la vesta adornada con el mismo gusto.

Citaré, por conclusion, varias fantasías sumamente coquetas.

Cinturas de tafetan, acompañadas de aldetas bordadas, que pueden llevarse con diferentes trajes. Adornos de interior con lindas variedades

colocadas enmedio. Gorras de señoras jóvenes, de un estilo nuevo, y otras combinadas con igual gracia, para señoras de más edad. Canesús y bertas de tul, de muselina, con blonda, guipure ó encaje. Hay donde escojer en estos artículos, porque todo es en ellos elegante y de buen gusto.

Deseo á mis lectoras un confortable fresco bajo las encantadoras creaciones que acabo de ofrecerles.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura.—Traje de calle. Vestido de tafetan gris claro, plateado, guarnecido el bajo de la falda con una banda de tafetan negro á dientes, encima un encaje blanco, medio cubierto, con unos cuadros de terciopelo, ocupados en medio con medallones de encaje blanco y negro. Cuerpo alto, mangas lisas. Manteleta de la misma tela, adornada como la falda, y guarnecida de un gran volante de Chantilly. Sombrero de paja inglesa, adornado con un copete de flores azules y cintas iguales. Bavolet igual; interior guardando conexión con el exterior. Cuello y mangas bordadas.

2.^a figura.—Traje de camino. Vestido de tejido inglés; rotonda de la misma tela, bordada en el borde, así como el vestido de una cinta blanca formando feston. Sombrero de paja gris, forma alta y bordes rebajados. Le adornan una cinta negra de terciopelo y un grupo de plumas caracoleadas. Un velito al borde. Cuello recto. Mangas de batista lisas.

ADVERTENCIA.

Una circunstancia imprevista nos impide repartir con este número el pliego de novela: con el próximo recibirán nuestros suscritores dos.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.